

CELESTE
CORDOBA
ENJUTA



CAN- TICO

TERCER NUMERO EXTRAORDINARIO



AQUI EN LA TIERRA
JUAN BERNIER

CORDOBA-OTOÑO-1.948

AQUI EN LA TIERRA



DONACIÓN
J. GÓMEZ CRESPO

JUAN BERNIER

DESEO PAGANO

a Vicente Aleixandre

Dioses innúmeros perdidos en los campos
entre hierba y mirto, paciendo los sonidos de los vientos suaves.
Inmóviles escuchas de la tarde
puros dioses de mármol sobre el verde,
marfil amarillento a los rayos del ocaso,
dioses azules en las sombras casi, más tarde fundidos en la noche.

Yo os invoco: que mi voz resucite vuestros restos deshechos,
vuestros torsos desnudos que se bañan en las lágrimas húmedas y so-
[ñolientas de los prados.
¡Oh dioses sin problemas, domésticos, sin ansias de infinito!
Mi mente ensombrecida tiene sed
de mármol
de blancura
de línea.

Veinte siglos columnas de desprecio, trémulos de blasfemias
sobre vuestros rostros, espejos de horizontes,
(oh Juliano!) han sido los caminos del mundo,
y os sepultásteis en la tierra
y habéis sentido los pasos del zagal y del arado
rozando vuestros miembros.

Y las vírgenes vistieron su marfil de la yedra brillante de los sotos
huyentes como Sabinas a las rústicas manos,
escondidas, silenciosas de sol.
¡Sacras vestales encubrid vuestra vergüenza!



Que veinte siglos no han sabido gustar la vida de vuestros ojos in-
[mensos
ni comprender los pechos bronceados, triunfantes como el color de los
y se han perdido en el laberinto de las ansias inacabadas, [trigos
de las pretensiones insatisfechas.

Lejos de la flauta y la sonrisa de Pan
que hacía danzar los cuerpos
como la brisa las palmas sobre el azul,
lejos del rabel
y la mirada de Narciso,
que hacía vibrar la belleza
en el ritmo de su propia contemplación,
lejos, muy lejos de la citara lánguida,
consagradora de las noches,
sacerdotisa de las satisfacciones.

¡Oh siglos volved!
Volved, pues os esperan los dioses,
los dioses del amor y la alegría
del sol, la luz, las fuentes y los prados,
los dioses vivos de la carne y los deseos!



MIRO, ANSIOSAMENTE MIRO...

a Gerardo Diego

Miro, ansiosamente miro
como si fuera a escapar de mi pupila devoradora
el oro lánguido y el brillante ébano plasmado de los cabellos,
su onda esculpida en luz, su miel estriada,
su blonda exhalación curvilínea.
Miro, ansiosamente miro
los que son un muerto mar de azabaches oscuros
y los que vuelan como girones desgarrados de ámbar y seda,
los que parecen pasados por el amarillento cedazo del otoño,
¡ay! los miro como aquellos otros de roja escarcha coralígena en el ní-
[veo lago de las frentes
o los que son como una ruina de plata oxidada o una veta de plomo
[recien abierta,
los miro como aquellos blancos, enteramente blancos, cuyo color anti-
[guo es una interrogación sin respuesta...

Miro, ansiosamente miro
cómo se abrazan las telas al calor de los cuerpos,
cómo se escurren entre la carne;
como se desgajan y flotan para volver a acariciar los senos de las vír-
[genes
en una orgía de indefinible tacto los vestidos que tienen el color de
[ojos,
las sedas verde alga o de una efloración burbujeante de perlas amarillas,
los jerseys que ciñen los talles con una atracción de deseo coloreada
que se hunde un instante sobre la lana roja de los pechos
o se recrea perverso entre el escándalo decadente de las fibras amarillas.
Miro, ansiosamente miro

el oscuro azul que estrecha la piel tibia y rosada de las adolescentes
o el negro, ese negro que mata la sangre de los rostros pálidos
y recoge una secreta voluptuosidad en la violada sombra atrayente de
[los ojos]

Miro, ansiosamente miro
en el pétalo almendrado y tierno de los cuellos,
el oro que descansa sobre el estuche de carne,
en los cuellos donde un lirio blanco parece desmayarse
tal vez un solo rubí hiere como un ascua de destellos cambiantes
desde un pálido carmín hasta el más oscuro vidrio de sangre
o tal vez, como pequeños trozos roquizes de una tierra de dioses
los diamantes hacen restallar su coágulo de luz trémula y helada.
¡Oh! miro, ansiosamente miro
las joyas que sienten el latir de las venas
las esmeraldas como escamas de un reptil durmiente entre los senos,
los topacios, los ónices, los brillantes engastados en el platino agónico
[de los dedos...]

Miro, ansiosamente miro
hasta que los ojos se duermen en el aéreo nimbo de perfume, que ro-
[dea las cabezas de estatua;
como ante una aspiración violenta de flores invisibles,
el espejo de las pupilas se empaña en éxtasis de sueño
ante este olor de una nuca donde mi beso no se atreve a pararse
o este adivinado de lirio o de nelumbo en cualquier ángel que pasa
y mi alma se enciende en una borrachera deslumbrante
porque la belleza es un hálito que cada ser derrama
de los cabellos, los vestidos, las joyas ardientes o el olor de los cuerpos
y yo siempre
míro, ansiosamente miro.

M O R I R

a Joaquín de Entrambasaguas

Acaso no creo en mi muerte.
Acaso no, porque está lejos como un deseo demasiado pretencioso.
Como un país al que podríamos ir y no iremos nunca
mi muerte está muy lejos y yo, Juan Bernier,
yo que preparo mis maletas para viajes largos
y acaricio cualquier futuro como si hubiese llegado,
esta gran piedra del camino, esta palabra *muerte*,
la esquivo sin mirarla.

Aparto la mirada como ante una cara deforme,
como cuando encontramos un mendigo en la calle, un mendigo que
y sin hablar lo dice [tiene hambre
y acusa con sus ojos nuestra piedad muerta,
aparto la mirada porque ni una sola inquietud, ni un soplo de tristeza
quiere cargar sobre mi alma frágil
que como un pez se escurre de unas manos molestas.

Me he parado a pensar muchas veces sobre un cuerpo perfecto,
sobre una forma bella o una atmósfera o un aire puro que se aspira
y a veces, el sonido solo de una esquila en el campo
me ha sobrecogido hasta fundirme con la entera onda de su éter vi-
[brante.

Otras, sentado sobre el latir intenso de unos sentidos ávidos,
yo, Juan Bernier, me paré muchas veces
como desde una roca desde la cual miramos un horizonte puro
y vemos extasiados cualquier torrente que a nuestros pies se estrella.

También
borracho de quietud como una bestia satisfecha en su hambre,

lo único vivo en mí, que se movía
como un mecanismo secreto cuyo tictac solo uno oye,
era el bullir de los deseos acariciados,
candente melodía, nota por nota recreada
donde yo, Juan Bernier, me paré muchas veces.

Más ni un instante solo ese futuro cierto
de las opas pluviales, sucias y manchadas, en monótono acorde,
esa carroza fúnebre de pobre purpurina que chirría al andar los caba-
[los renqueantes,
ese letal futuro del depósito húmedo rezumando en los muros un ní-
[tro salobre,
esos cuerpos tendidos, manjares inertes de moscas en los abiertos fé-
jamás para mí lo pensé ni un instante tan solo. [retros,

No preparo las maletas para este viaje terrible,
hay como un hálito fuerte de mi carne viva
que impide ni aún pensar que he de realizarlo,
un soplo que repugna y desecha ese aliento nauseabundo,
el aliento imborrable de los féretros,
el mismo de una flor bella que en el cementerio se coge,
de una flor bella, huraña al olfato sin embargo,
como si hubiese prendido su perfume de la fétida exhalación de una
[rendija
y su color estuviese teñido vagamente del blancor cerúleo de unas
[mejillas muertas.

Más sin duda es verdad cuando he oído los gritos,
los gritos de las madres que besan la flácida carne de sus hijos muertos,
cuando he visto los perros aullar y buscar sus cachorros entre ester-
sin duda es verdad, porque en las ropas negras, [coleros,
hay como un vacío, como un corte seco de algo desgajado,
de algo que se ha ido y deja una estela silente y sombría de tristeza.

Cuando he visto peles sangrientas, sucios en la tierra,
que estaban cosidos a bayonetazos
como cribas informes, como judas de horror derribados con las visce-
o aquellos de la cara negra, [ras fuera

aquellos bajo el muro blanco, con las manos atadas con cuerdas,
caídos boca abajo besando un charco bermejo en la arena.

Sin duda es verdad este futuro atroz donde la tela podrida de la carne
se deshilacha y rompe,
final de un largo sueño en el que todo ha sido pensar,
pensar el porqué y el para qué de una vacilante certeza,
donde algo que llamamos tiempo se escapa y agarrota en los dedos
en una hora hinchada o en un minuto monstruoso,
en el que todos los ratos tristes, los quejidos que han pasado y los
desde el primer vagido al último grito angustioso [sollozos
se estrujan como una esponja de hiel sobre los labios secos.

Este cerebro frío, espejo indiscreto de verdades crueles,
azote que despierta de sueños con la brutal luz de una lógica fría,
esta pensante arquitectura nunca bastante odiada
habla con el lenguaje de la experiencia horrible,
sin duda es verdad, pero yo no preparo
ni una sola maleta para este viaje absurdo.

No, porque yo no quiero morir
no quiero.

Lo dice mi cerebro pero todo un hervor caliente de mi carne
repugna estremecido el cortejo pavoroso. Ese glacial frío
que como por una ropa desgarrada penetra en los huesos
lo odia el calor de mi vientre, y mi pulso embiste tenso sobre cual-
[quier quietud eterna.

No quiero morir pues he nacido vivo,
vivo como un corazón tras una carrera presurosa, y no exánime
como una piedra yerta en medio de la estepa.

PERO ÉL LLAMABA A LA MUERTE...

a Mario López



La vida es bella como una atmósfera en una noche de luna donde el halo diáfano del éter dormido es como el respirar puro de un cristalino dios, de un dios que se recrea con su linterna mágica proyectando su haz sobre el rostro del mundo.

Pero él llamaba a la muerte, él la llamaba, la llamaba con gritos que herían lástimeros los ecos de los rincones que ululaban en el espacio como un dolor hecho onda, con gritos de niño azotado o de animal que se degüella palpitante. Como aullidos de perro que se ahoga en un pozo profundo sus gritos se clavaban en cualquier corazón que no fuese humano.

La vida es bella como una aurora de abril goteante de agua sobre las hojas pulidas cuando el sol rompe la neblina del río y se encienden los prados en húmedos reflejos.

Pero él llamaba a la muerte, él la llamaba. Su grito era áspero y ronco estertor gembundo de carne machacada y de músculos rotos, anhelante melodía de nervios que se queman en un cuerpo preso, impotente y sensible.

La vida es bella como esa lejanía de los astros que abre cualquier pecho, en un pasmo divino, a humillarse amoroso ante el misterio tenso de un Dios que escondido palpita en los espacios.

Pero él llamaba a la muerte, él la llamaba. Su rostro era como el de un Cristo sin agua en la sangre con ojos encendidos entre párpados exhaustos de lágrimas. Tres días en el potro tendido y aún no había muerto.

La vida es bella como un jacinto blanco que expira lentamente en un [vaso de ágata, como un cuerpo de ángel desnudo que se baña en el mar tibio y luminoso de una vidriera alta.

Pero él llamaba a la muerte, él la llamaba. Un crepitante rumor de la carne quemada surgía del potro y el reo [gemía. Cuidadosamente, el doctor graduaba la tenaza y el garfio; la salmuera [y el líquido plomo humeante

tatuaban el humano despojo con oscuras manchas, los cuchillos cortaban expertos lentamente en trozos pequeños las yemas de los dedos; las uñas se sacaban despacio y las planchas [rojas mordían sus pies temblorosos, despacio, para hurtar su cuerpo a la nada insensible y empujarle vivo [hasta el día tercero.

Oh! la vida es bella como una jungla en sombra bajo un tórrido sol,

como una selva inmensa, eterna sesteante encendida en rumores y
[misteriosos ecos.

Pero él llamaba a la muerte, él la llamaba.
Su cabello era ya blanco en este tercer día,
el brillo de sus ojos estaba agonizante
como sus gritos ya estertores profundos.

Ah! la vida es bella como un crepúsculo de otoño
cuando el alma y la niebla se junta en los ojos
y una tristeza dulce descende de los cielos
a compás de las hojas desgajadas del árbol.

Pero él llamaba a la muerte, él la llamaba.
En la plaza, el último espectáculo era una sed impaciente;
antes que se apagase el reo, el final de su martirio llegaba.
Cuatro potros enteros relinchaban al denso olor de la sangre.
Bajado en las manos recias de los cuatros verdugos sintió el alivio de
[las tensas tenazas del potro.
Un silencio se hizo: atado de piernas y brazos
el chasquido seco de los látigos rasgó al aire fúnebre.

Ah, la vida es bella como un sistema lógico,
como la teoría sin límites de las fuerzas o de las magnitudes,
es bella y cualquier hombre se arroba en su perfume que trasciende
y empapa un alma agradecida de haber sido creada. [de Dios

Pero él llamaba a la muerte, él la llamaba.
No tenían piedad sus músculos fuertes de su dolor vivo,
crujían los huesos y el reo gritaba
mientras el sudor teñía de plata la piel de los potros.

Resistía y una impaciencia ardiente, una locura sádica del último des-
hizo un corte hábil al regicida en el muslo. [trozo
Como una rama fuerte que cruje desgajada
el caballo marchó con su presa sangrienta. Moría Damians
y hasta el chasquido último

él llamaba a la muerte, él la llamaba.

INTERROGACIÓN

a Miguel del Moral

Heme aquí que con una lámpara encendida velo
solo entre cuatro paredes yo y la lámpara eléctrica en esta noche sin
23 de marzo del año lluvioso de 1947 [luna
como un preso que jamás sale, pero en cuyo cerebro está presente el [mundo
como si sus ojos barrenasen el opaco cristal de las tinieblas, así mi [lámpara y yo
sobre Norte, Sur, Este y Oeste, heridos por el berbiquí agudo de una [interrogación
que lanza una pregunta sin límites, ancha como una estepa en que [anochece
honda como un suspiro cuya raíz está escondida entre una ceniza de [tristeza
pregunta dirigida a nadie, acaso al pozo oscuro de mí mismo
acaso a la palpitante alma que se adivina en el sueño nocturno de las [cosas.

Oh Dios! deja que me agarre a tu nombre para tener un solo apoyo en [el vacío
porque mi frente es como un laberinto de espejos donde toda forma
infinitamente se entrecruza
un caracol en el que el más nítido arpegio se pierde en una vibración [monótona
y toda claridad se ahoga en el profundo pozo de la reflexión.
Deja! déjame tu nombre, que apuntale con él la ruínosa arquitectura [de mi fé,
que tu clavo sostenga el maniquí de este gusano que roe la manzana [del mundo.

Pues antes de preguntar por mí mismo un aleteante zumbido abruma
[la siesta inmensa de la duda
que trae el rumor de lo que yo no soy y está fuera de mí
y en los cinco sentidos abiertos la movediza inquietud de toda distan-
[cia se recoge,
cuando playas de arena la pupila, la forma innumerable de las cosas
[pisa,
sobre el cristal convexo el color clava su agudo temblar de fajas es.
[pectrales
y la herida del crepúsculo desangra en la mirada sus vidrios encen-
[didos.

Fuera de mí, en el bosque, el viento da voz a las hojas y a las cren-
[chas rasgadas de los tallos
sobre mis oídos riza el mar su crepitar de espuma como azogue en un
[crisol hirviente
o en Agosto las espigas cantan la lánguida nana de las siestas
ay! fuera de mí oigo la fuente como la sola voz murmurante del campo
o la esquila dar la hora nostálgica y eterna de la tarde
o el silencio como un sonido más que para cóncavo y espectador la
[vida.

Fuera de mí el sol resucita los olores dormidos en el frío de las corolas
sobre el tercer sentido el aroma de la húmeda tierra encristalada por
[el rocío goteante
o cuando zumba el denso tomillo como un insecto al oído de los pul-
[mones abiertos
o refresca el arroyo con su verdesciente perfume de acantos limpios
o las rosas, las magnolias, la albahaca y la embriaguez voluptuosa de
[sándalo quemado...

Sobre el mágico filtro de los cinco sentidos fuera de mí como un agua
[fresca tras un camino sudoroso
el dulzor de los panales calientes o el zumo escarlata de las fresas en
[el marfil enrojecido de los dientes
las perlas agrídulces de la granada deshaciéndose en las fauces secas

o las salsas, las gelatinas, las exquisiteces de los confites reanimando
[un hambre apagada
o el hambre misma que hace fluir la saliva ante un duro pan que se
[desea...

Fuera de mí la caricia del musgo húmedo sobre los pasos sin rumbo
tendido cara al cielo en la paja virgen de las eras [por los valles
o cuando el agua repentina del lago estremece su escalofrío en mis
[venas.
Fuera de mí, abierto el quinto sentido; en la tibia acogida de la noche
[el latir de una sangre hace latir la mía
cuando en el lecho la desnudez de los cuerpos mata la immaculada
[blancura de las sábanas
y carne contra carne todo muere en el abrazo de una impaciente sed.

Aquí mismo entre cuatro paredes mi mano parece aprehender como a
[un puñado de arcilla el tacto del mundo
traspasar mi mirada la cenital tiniebla de la noche hacia el mapa in-
[menso de la tierra.
Sobre la ciudad en que vivo también otras luces encendidas que trai-
[cionan el sueño
repartidas aquí y allá bajo los campanarios donde rítmicamente late el
[corazón del tiempo,
otras luces en las sierras, en los campos, en el encrespado banderín
[de los mástiles
y junto a ellas quizá otros hombres, solos como yo, que han encendi-
[do la lámpara de su pregunta
y arriba la catarata luminosa de los astros, el silencio de las órbitas en
[la pizarra ilimitada de los cielos.

Oh! Mirar arriba, más allá de los soles encendidos en su pálido es-
[tertor agohizante
o, abajo, al espectral azogue que inquieta y late en cada cosa
a la elipse adivinaba de los astros sobre el vacío mar de los éteres
o al pozo infinito donde el tacto deja de gravitar en el enmascarado
[caparazón de los átomos.

Mirar, mirar sobre los seres desgajados de la tierra donde vivimos
los que no tienen raíces como los árboles o las rocas que los aten
sino que son como máquinas maravillosas de carne que se mueven
hormigas en la corteza desquiciada del tronco del planeta
suelos al aire como águilas que cortan el frío abisal de la atmósfera
o reptantes sobre el limo con un estremecimiento escurridizo de zigzags.

Mirar no ya todo esto sino nuestro propio cuerpo que se sabe
desde los pies hasta los ojos que no se pueden ver a sí mismos,
nuestro cuerpo como una irreparable exhalación descubierta,
palpitante manojo de deseos y de rosas de sangre,
mirar, mirar todo esto y hundirlo, ciega la mirada, en la interrogación
[de nuestro cerebro.

Porque todo el blanco mar de luz y los azules, los rojos y amarillos
[colores de las cosas
pintados en esmalte sobre la alada orgía movizada de los insectos
en las plumas de los pájaros o en las escamas de glauco vidrio de los
todo el blanco mar diluido en el nupcial ónice del amanecer [peces
derramado en el coágulo tibio de los rubes del crepúsculo
toda, toda la luz, dentro ya de nuestro cerebro languidece de su lla-
[meante esplendor,
dentro ya, agoniza de sus leguas estelares y se recoge y achica como
[un pájaro muerto
porque le envuelve la jauría sin voz de una tiniebla devoradora
y nuestra mirada no ve sino muy lejos a una distancia subterránea
solo una antorcha casi extinta que tiembla en la mano de nadie.

Como una estrella que centellea entre los girones de un velo de nubes
toda, toda la luz languidece cuando sobre ella lanzamos el inútil tala-
[dro del pensamiento
con la soberbia de no ser piedra ni roca privada de ojos
sino pupilas abiertas a la redondez entera e incitante del mundo,
vuelos también al pozo impenetrable de nosotros mismos
donde se ahoga la última raíz de nuestro grito
o germína la semilla aun fresca de las sonrisas blancas.

Porque al parecer somos un manojo de carne que remeda las estatuas
donde una sangre escarlata bulle en los huecos de las venas,
solamente acaso una fórmula química combinada por el tiempo en el
[matraz de la vida
desde el agua primigenia hasta cualquier monstruosa ligazón del car-
[bono
o no somos nada que se pueda tocar con las yemas de los dedos
nada sino una sombra de las que quemán de pronto el horror de los
[niños
a la que un perro metafísicamente no puede morder aunque gritemos
[bajo su dientes
porque en verdad la vorágine enjaulada de nuestra mente nos hace
[dudar de nuestra carne
mientras el impulso cálido de nuestros músculos trae la vacilación a
[nuestra frente
como dudamos de los falsos dioses o sonreímos a las utopías de los
[locos
y la vacilación nos hunde en una carcajada de impotencia que se re-
hosca hacia todo más allá en el espacio y en el tiempo. [vuelve,

Solo que cada uno tenemos un nombre y este nombre nos hace ser
no sabemos qué, pero sí ser aunque solo sea una hormiga borracha
[entre los mundos,
un día semilla derramada en el húmedo hervor de un vientre
fruto del después de la lujuria exánime, vagido sin luz en los ojos y
que vino como una larva ciega de pronto deslumbrada [llanto
a añadirse en una cuenta más a un rosario infinito de carne,
llanto y, luego, luz mezclados en el vaso sin fondo de los años
creciente como un tallo en un bosque de hombres
con un nombre, con nuestro nombre, a preguntar el por qué y el para
[qué de ser
como un perro que ladra un ladrido infinito en la madrugada sombría
sin otra respuesta que la última vibración de su garganta
que se ahoga en el grito desconsolador del silencio.

Porque nuestra primera angustia fué mirar hacia adentro

donde no mira la piedra ni el árbol ni cualquier bestia de ojos penetrar hacia adentro donde toda interrogación se pierde [trantes sobre nosotros mismos como sombras en la caverna del mundo sombras en las que hay algo más verdadero que un puñado de arcilla y es una lágrima, un sollozo, un dolor o una risa.

Oh Dios! déjame que solo, sufra en este ergástulo de angustia atado a la brisa que roza con su tibia exhalación mi frente pero hundidos los pies en el viscoso fango de la tierra pues ni piedras ni dioses fuimos hechos sino como barco sin rumbo [entre dos vientos contrarios espíritu y carne unidos en una híbrida copulación desesperante cuyo abrazo exprime un fuego demasiado amargo.

Y por eso Tú, oh Señor, el que está allá lejos como una luz titubeante perdido a veces por el fátuo resplandor de una razón encendida de Tu que eres la última cosecha de una siembra de duda [orgullo, tras borrar toda verdad de la negra pizarra del mundo tras reír de cualquier afirmación hecha con semblante severo rotos los libros absurdos de una intachable sabiduría y las fórmulas y las leyes cuyas raíces mueren en el vacío.

Solo quedas Tú como algo enteramente explicable algo que se mira cuando quisiéramos desgarrarnos, desgarrarnos como [un vestido colmados de un ansia profunda y de una angustia temblante solo Tú, el incierto, el desconocido, el ignorado, Tú, como la roja luz [chispeante de un faro que acucia los ojos del timonel rendido ya de su lucha con la fría e inquieta sinrazón de las tempestades sin alma, cuando no sabe por qué está allí en medio del mar ni por qué ha de morir agarrado al yugo sin sentido de la rueda...

AQUÍ EN LA TIERRA

La espuma helada de los cocktails burbujea viva sobre los bordes fríos [y transparentes de las copas donde no dejan huellas ni los labios pintados ni el respirar humeante [de los cigarrillos rubios porque unos hombres y unas mujeres no desprenden cualquier huella [que manche mientras las sedas ciñen su carne limpia y su boca es pura como un [dentífrico perfecto. No manchan estos hombres y mujeres, miles de hombres y mujeres [desde el impecable corte de sus trajes exquisitos porque van y vienen entre el azabache oscuro de sus coches mientras [el mundo pasa y ellos no pasan por el mundo, por las avenidas donde los edificios agotan la geometría vanidosa de [los arquitectos y la luz se derrama como un chorro ambicioso para apagar la noche.

Cuando las colmenas soberbias donde viven abren los ojos iluminados [de los cierres y se asoman a respirar un aire enteramente suyo, porque sus horas [son distintas de los demás hombres, cuando las terrazas juegan con la luz y las sombras para espiritualizar [un poco su incrédulo amor que sonríe sobre la plata de las fuentes o se embriaga de los reflejos [amarillos del champán incitante hasta estrechar los cuerpos en la danza o derramarse en el optimismo [inconsciente de las risas. Estas horas enteramente tuyas, cuando la primavera declina rota por [los estallidos del jazz,

limpias como los hombres y mujeres, miles de hombres y mujeres que
[se bañan en su éter tibio,
son amables como un beso que se roba bajo el perfume de una mag-
[nolia gigante,
amables como la espuma helada de los cocktails que burbujea sobre
[los bordes fríos y transparentes de las copas.

Porque estos hombres y estas mujeres escancian la sola hora feliz de
[las ciudades,
cuando en la sombra las siluetas gigantes de los Bancos son como un
[himno a su poderío satisfecho,
cuando duermen aquellos que están cansados y cualquier tristeza suya
[está muerta entre las sábanas,
entonces la ciudad enciende sus luces para estos solos hombres como
[una antorcha de gozo que se quema
que derrama el oro y el brillo de las joyas entre chisporroteo tenue de
[violines
y la ciudad abre sus corolas de luz al gozo llameante de los cinco sen-
[tidos
y los hombres y las mujeres sonríen al pasmo jubiloso de un mundo
[bien hecho
hasta que el sueño cierra las pupilas exhaustas de reflejos
y los cuerpos desnudos se funden en el tacto de los lechos.

Estos hombres y estas mujeres, miles de hombres y mujeres, que mi-
[den con su noche todas las horas del mundo
son los mismos que leen libros y periódicos y tienen un alma ex-
[quisita
un alma que se extasía ante cualquier azul tenue de los fondos del
[Giotto
que halla la belleza escondida entre los pliegues de cualquier túnica

los mismos que se pasman ante los ojos vacíos de las estatuas [roja,
hechos todo espíritu para hervir su mente en la contemplación más
[profunda
de un verso solo del Dante o de la armonía inacabable de una fuga.
Estos hombres y mujeres, miles de hombres y mujeres, tienen un alma
[exquisita
porque la única sed que sienten se apaga en la sombra eterna de las
[catedrales
donde brilla el bermejo color de los mantos en el crepúsculo de las
[vidrieras
y son felices porque su hambre está siempre saciada con los frutos del
[huerto del mundo
y abierta a la brisa exultante de las más bellas cosas.

Son ellos los que están siempre sobre las cumbres como las águilas de
[bronce doradas en las cúpulas
rodeados del enjambre mercenario que trabaja y escruta en sus mira-
[das cualquier orden
cualquier orden de su cerebro agudo como un ojo de lince
donde como un reflejo divino se hace una competencia atónita a las
[fuerzas del cosmos.

Hombres cuyos minutos son más preciosos que un diamante azulado
ebrios en la soberbia roja que exprime su cerebro pensante
que mandan a otros desde sus sillones dorados y visten uniformes
[para no parecerse a los demás hombres.
Son pedazos rotos de un inmenso brillante divino al azar esparcido en
[el rostro de la tierra
pedazos que hacen surgir un ansia de humillación en las gentes
de inclinar la rodilla anulados y atónitos
ante la maravilla de sus obras o la complicada armonía de su genio
[triunfante.

Porque la luz de un Olimpo ignoto se transparenta ávida de mentes
viva desde la espuma del cocktail cristalino, [asombradas

desde la carne de los cuerpos sin mancha;
Rompe cualquier opaco cristal desde la blanca mirada de las estatuas
y en el fuego escarlata de los pliegues sobre los lienzos oscuros
Dios irrumpe en el aire de los que beben el vino de la dicha
y aparece en el fulgor de los que crean con sus cerebros candentes
como un diamante que estalla en reflejos lívidos
ante nuestra alma que se ciega en la adoración más profunda
mientras un silencio es el preámbulo latente de un himno de alabanza.

Pero no es posible mirar demasiado tiempo hacia arriba
sin que una fría lluvia moje el vuelo de nuestras alas blancas
sin que la gravedad descomunal del mundo se ate a nuestros pies de
[pigmeo.

No es posible, ya que en nuestra alma hay algo que se llama miseri-
[cordia, algo que se llama piedad

como dos ojos que miran angustiosamente hacia abajo
aquí en la tierra y en estas mismas ciudades de calles asfaltadas
aquí donde los arquitectos moldean la arcilla de las fórmulas
entre el latido bronco de los corazones eléctricos cuyo ritmo sobre
[vive a los hombres
esos dos ojos escrutan como un mar oscuro de tristeza donde naufr-
[gan los cantos de sirena
que llega hasta el cristal mismo donde se bebe el sueño optimista de
[los cocktails

hasta la lámpara que vela la noche de los cerebros calculadores
un mar que puede encerrarse a veces en una lágrima furtiva
o derramar su crecida flagelante sobre multitudes enteras.

Pues hay un orden maravilloso en el mundo, un orden excelente como
[el de los horarios de ferrocarriles

o aquel que Newton condensaba en formulas infinitesimales
un orden que pasma el alma ensimismada del bisonte de Aquino,
pero quizás Señor has puesto demasiada misericordia en nuestros ojos
demasiada piedad en los oídos para escuchar los gritos,
porque no es extraño que el asesino se ahogue amoratado en la horca
o expie el ladrón su culpa en un calabozo oscuro,
pero has puesto demasiada misericordia en los ojos, demasiada piedad
[en los oídos
para contemplar como los niños mueren de hambre o arrojan sangre
[de su pecho carcomido
niños que lloran en las gradillas de los Bancos, mientras en la cúspi-
[de las águilas están mudas
sin ver tampoco las manos temblorosas de los viejos, sarmientos im-
[plorantes de la vid de la miseria
que no tienen cualquier hambre exquisita
sino hambre de duro pan como perros cuya pupila suplica ante la me-
[sa blanca del amo.

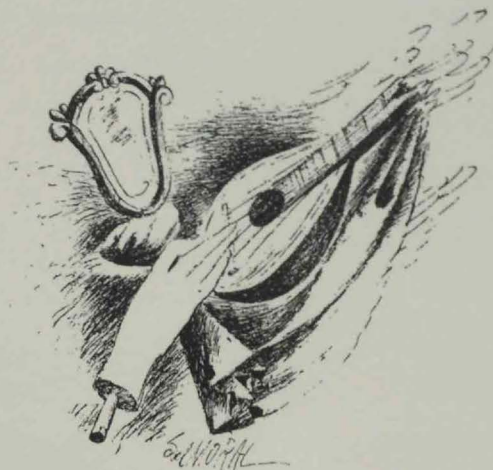
Demasiada piedad, demasiada misericordia para ver como se llevan los
[inocentes hasta la fosa misma
y se les hace morir con una ciencia fría entre el gas de una cámara
[desnuda
porque además de los destellos y las luces has permitido el llanto sor-
[bre el mundo y los estertores de las agonías-
cuyo ruido alborota el corazón de innumerables madres que paren es-
[túpidamente su dolor y el ajeno
o de los hijos que miran hoscamente a sus padres con una acusación
[latente por haber sido creados
como aquel paráltico de nacimiento que era piltrafa amada por los su-
[frimientos más terribles
y los que no andan ni rfen sino que tosen y dan ayes enrojecidos por
[la fiebre.

Demasiada piedad, demasiada misericordia para contemplar ciertos se-
[res que también así se llaman hombres
en los que produce asombro pensar que no son tigres de ojos acerados
como estos de quienes estrechamos la mano que bajo la luna de Agos,
[to fusilaban a otros atados por la espalda
o los que te reciben compugidos en un éxtasis donde se olvidan de
[haber desangrado la última miseria del pobre.
Aquí, aquí en la tierra innumerables que lanzan sentencias de muerte
[contra pueblos o naciones enteras
inocentes porque no ellos sino sus esbirros ejecutaron los asesinatos
[en masa o calcularon científicamente los bombardeos atómicos
estos hombres que se extasían ante una madonna de fray Angelico
ordenaron la inyección exterminadora sobre los niños raquíticos
cuyos gritos no oían estremecidos por la líquida transparencia de las
en el arrobamiento divino de un concierto de Mozart... [flautas

Estos también que a sí mismos se llaman hombres, en los que
produce asombro saber que tienen alma y no son batracios o culebras
[reptantes
estos que babeán entre la sombra de los lupanares la borrachera de su
[piel desconchada de síflis
o esas que son mujeres y nos ofrecen la insinuación obscena de su
[sexo envejecido
entre la sombra de las callejas donde no llega la luz de las avenidas
donde se modulan gritos amoratados por los golpes de los maridos
[ebrios
mientras los niños se refugían en uu sollozo y tiemblan horrorizados
[ante su propio padre
¡ah! estos hombres y estas mujeres, miles de hombres y mujeres cuya
[sola oración es la blasfemia,
que no visten sedas ni trajes impecables sino el mugriento uniforme
[de los pobres

macizos como rebaños en la estrechez sudorosa de los arrabales
que beben el vino ruín y ácido de las tabernas hasta mirarte fijamente.

Porque hay un orden excelente en el mundo como el de los horarios
[de ferrocarriles
y la luz de Tu diamante inmenso en los que beben el vino de la di-
[cha aparece
como un nimbo que rompe cualquier opaco cristal de la duda
pero no, no es posible mirar demasiado tiempo hacia arriba
porque aquí abajo, del mar oscuro de la tierra surge una niebla que
[oculta tu presencia
y los que lloran y beben el vino ruín y ácido de las tabernas te miran
[fijamente
porque pusiste demasiada piedad en sus ojos, demasiada misericordia
[en sus oídos
y gira la tierra, gira, inalterable a cualquier grito, a un sollozo cual-
[quiera.....



INDICE

<i>Deseo Pagano</i>	Página	5
<i>Miro, ansiosamente miro</i>	•	7
<i>Mortr</i>	•	9
<i>Pero él llamaba a la muerte</i>	•	12
<i>Interrogación</i>	•	15
<i>Aquí en la Tierra</i>	•	21

SUSCRIPTORES DE HONOR

DE

CANTICO

Luis Ortiz Muñoz

Perfecto García Conejero

Pilar Sarasola

Mario López

José M.ª González del Campo

Rafael Laffón

Francisco Poyatos

Julio Aumente

Pedro Percz-Clotet

Miguel Aguirre

Joaquín de Entrambasaguas

José Diéguez

Fernando Labrador Calonge

José Alcántara

Octavio Díaz Pinés

Juan Carandell

Xacier Criado

Carlos Cañal

Francisco Quesada

Manuel Barbadillo

«Aquí en la tierra»,
se acabó de imprimir el día 20
de Diciembre de 1948, en la Im-
prenta de A. Carmona (La
Ibérica), Duque de Horna-
chuelos, 12 duplicado,
Córdoba.

Hojas de Poesía
dirigidas
por
Ricardo Molina
Pablo García Baena
Juan Bernier